

Autos sacramentales

Durante la Edad Media, como parte de las festividades religiosas, se escenificaban obras cortas y bastante sencillas de tema religioso. En ellas, generalmente se repetían escenas bíblicas. Esta costumbre antigua fue utilizada por los misioneros en América para llamar la atención de los indígenas sobre los temas religiosos y para instruirlos sobre los principios básicos de la fe. Estas piezas cortas muchas veces se preparaban en idiomas propios de los pueblos indígenas para facilitar su comprensión.

Tal como expresamos anteriormente, para facilitar la enseñanza de la religión, los franciscanos y los dominicos crearon nuevos autos sacramentales, cuya temática de giraba en torno de los misterios de la fe cristiana como el padre, el hijo y el espíritu santo, o las vidas de los santos. Los indios no solo eran espectadores, hay testimonios de su participación directa en estos “autos sacramentales”. Por lo visto, los indígenas participaban en estas presentaciones actuando o preparando la escenografía bajo la dirección de los frailes. “En estas piezas, a veces anónimas, existe el encanto de la sencillez y la urgencia catequizadora más que el afán artístico”¹.

Ángel María Garibay tradujo uno de estos “autos sacramentales” del nahuatl. La obra se llama “Auto de los reyes magos”. En ella podemos observar a un Herodes furioso hablando un español bastante coloquial:

...¡Buscad, dad razón!...
si no, yo os chamuscaré,
os despellejaré,
¡Oh, Judiazos!

¹ Eva Lydia Oseguera de Chávez, Op.cit., p. 70.

¡Yo os haré chicharrón!...

¡Nunca me habíais dicho nada!

¡Cerdos, hijos del diablo!...²

Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695)

Juana de Asbaje y Ramírez de Santillana nació el 12 de noviembre de 1648 en una hacienda en San Miguel de Nepantla. Se considera la figura más sobresaliente en las letras de su época. Fue hija del capitán Pedro Manuel de Asbaje y de Isabel Ramírez de Santillana. Pasó los primeros años de su vida en la hacienda de su abuelo en Panoayán.

Sobresale por su capacidad intelectual: se sabe que aprendió a leer a los tres años y a los ocho ya se dedicaba a la gramática y componía versos. Su continuo afán por el saber fue el impulso principal de su creación literaria. Su condición de mujer y su afición al mundo intelectual y la literatura resultaron contradictorios para algunos de sus contemporáneos. Estas dificultades, sumadas a su vocación religiosa, dieron el resultado de que se ordenase monja en la Orden de Carmelo primero y luego, tras abandonar esta orden, entró definitivamente en la de San Jerónimo en 1669.

Tras la petición del obispo Fernández de Santa Cruz, escribió una crítica teológica que él mismo publicó con el nombre de “Carta Atenagórica”. El mismo obispo acompañó esta obra con una escrita por él, firmada con el seudónimo de Sor Filotea de la Cruz. Con esta obra el obispo criticaba a Sor Juana por su dedicación a la filosofía, las ciencias y la

² Ibid., p. 71.

música. La célebre autora le respondió con su famosa obra en prosa llamada “Respuesta a Sor Filotea de la Cruz”.

Al final de su vida, el 5 de marzo de 1695, renunció a sus estudios y vendió su biblioteca personal que abarcaba unos 4000 tomos y, tras la venta, distribuyó la suma acumulada entre los necesitados. El 27 de abril del mismo año, después de haber asistido a sus compañeras enfermas, murió contagiada por la peste.

A pesar de vivir retirada de la vida social, requerida por su talento natural y su cultura, Sor Juana fue protegida por tres virreyes y participó también en el ambiente cortesano. El primero de sus protectores fue el marqués de Mancera, Don Antonio Sebastián de Toledo. Sor Juana lo llamaba “Fabio” y a su esposa “la bella Laura”. Su segundo protector era Don Antonio de la Cerda y Aragón, conde de Paredes, cuya bellísima esposa fue inmortalizada en la obra sorjuanista como “la divina Lysi”. El tercer virrey, Don Gaspar de Sandoval y Mendoza, conde de Galve, pasó a la historia dolorosamente debido a los desastres naturales y epidemias de su época. Estas dificultades, unidas con la pobreza, resultaron en una insurrección popular en 1692.

La obra en prosa titulada “Respuesta a Sor Filotea” es una obra que nos revela datos sobre la vida de Sor Juana Inés de la Cruz. En ella la poetisa reconstruye las etapas de su vida desde la infancia, días en los que aprendió a leer y escribir, hasta los días en los que decidió entregar su vida al mundo de la religión:

“Prosiguiendo en la narración de mi inclinación, de que os quiero dar entera noticia, digo que no había cumplido los tres años de mi edad cuando enviando mi madre a una hermana mía, mayor que yo, a que se enseñase a leer en una de las que llaman ‘Amigas’, me llevó a mí tras ella el cariño y la travesura; y viendo que la daban lección, me encendí yo de manera en el deseo de saber leer, que engañando, a mi parecer, a la maestra, la dije que mi madre ordenaba me diese lección. Ella no lo creyó, porque no era

creíble; pero, por complacer al donaire, me la dio. Proseguí yo en ir y ella prosiguió en enseñarme, ya no de burlas, porque la desengañó la experiencia; y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía cuando lo supo mi madre, a quien la maestra lo ocultó por darle el gusto por entero y recibir el galardón por junto; y yo lo callé, creyendo que me azotarían por haberlo hecho sin orden. Aún vive la que me enseñó (Dios la guarde), y puede testificarlo.

Acuérdome que en estos tiempos, siendo mi golosina la que es ordinaria en aquella edad, me abstenía de comer queso, porque oí decir que hacía rudos, y podía conmigo más el deseo de saber que el de comer, siendo éste tan poderoso en los niños. Teniendo yo después como seis o siete años, y sabiendo ya leer y escribir, con todas las otras habilidades de labores y costuras que deprenden las mujeres, oí decir que había Universidad y Escuelas en que se estudiaban las ciencias, en Méjico; y apenas lo oí cuando empecé a matar a mi madre con instantes e importunos ruegos sobre que, mudándome el traje, me enviase a Méjico, en casa de unos deudos que tenía, para estudiar y cursar en la Universidad; ella no lo quiso hacer, e hizo muy bien, pero yo despiqué el deseo en leer muchos libros varios que tenía mi abuelo, sin que bastasen castigos ni reprensiones a estorbarlo; de manera que cuando vine a Méjico, se admiraban, no tanto del ingenio, cuanto de la memoria y noticias que tenía en edad que parecía que apenas había tenido tiempo para aprender a hablar.

Empecé a deprender gramática, en que creo no llegaron a veinte las lecciones que tomé; y era tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres —y más en tan florida juventud— es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta dónde llegaba antes, e imponiéndome ley de que si

cuando volviese a crecer hasta allí no sabía tal o tal cosa que me había propuesto deprender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar en pena de la rudeza”³.

Por otra parte, en la poesía de Sor Juana se puede observar claramente el amor profundo, apasionado y el profundo dolor que sentía la poetisa por la ausencia de “Fabio”, esposo de “la hermosa Laura”:

Amado dueño mío,
escucha un rato mis cansadas quejas,
pues del viento las fío,
que breve las conduzca a tus orejas,
si no se desvanece el triste acento
como mis esperanzas en el viento.

Óyeme con los ojos
ya que están tan distantes los oídos,
y de ausentes enojos
en ecos, de mi pluma mis gemidos;
y ya que a ti no llega mi voz ruda,
óyeme sordo pues me quejo muda.
Así que, Fabio amado,
saber puedes mis males sin costarte
la noticia cuidado,
pues puedes de los campos informarte;
y pues yo a todo mi dolor ajusto,

³ Sor Juana Ines de la Cruz, *Obras Completas*, Edición, introducción y notas de Alberto G. Salceda, Fondo de Cultura Económica, México, 1976, p.p. 445-446.

saber mi pena sin dejar tu gusto⁴.

Antes de terminar el apartado sobre Sor Juana Inés de la Cruz, también vale la pena ver un fragmento de su obra teatral. Su talento como dramaturga se demuestra en los “autos sacramentales” y en dos comedias que escribió. De estas dos comedias una tiene un tono profano y es una divertida obra de “capa y espada”⁵. Esta obra se presentó en honor de la virreina “La divina Lysi” y su hijo José María Francisco, quien había nacido en Nueva España. El argumento de esta obra, llamada “Los empeños de una casa”, es el siguiente:

“Leonor y Carlos son novios; para evitar que don Rodrigo, padre de ella, les prohíba casarse, se fugan en la noche. Pedro, un enamorado de Leonor, se entera, y con la ayuda de unos amigos finge ser “la justicia”; los ataca y los detiene en la calle; se lleva a la mujer y la deja en su casa al cuidado de su hermana Ana.

Carlos, que ha herido a uno de los agresores dejándolo por muerto, huye y va a parar junto con su criado Castaño, también a casa de Ana; ella coquetamente lo esconde, pues le gusta y lo prefiere a Juan, su novio.

Don Rodrigo, creyendo que Pedro fue quien había sacado de su casa a Leonor, le exige matrimonio y éste acepta encantado pues él la ama y sabe que ella no le corresponde.

Como Carlos no tiene noticias de su adorada, envía a Castaño a buscarla pero éste, temeroso de que lo prendan por la supuesta muerte del contrincante, se viste con la ropa que Leonor llevaba en un hatillo.

⁴ Eva Lydia Oseguera de Chávez, Op. cit., p.p., 73-74.

⁵ En el teatro del siglo XVII, se denomina así a la comedia de lances de amor y asuntos caballerescos de la época.

Así, el lío se entabla de esta manera: todos se reúnen en el aposento de la casa. Castaño, disfrazado, apaga las velas; Carlos saca a Leonor creyendo que es Ana para volver después a por su amada; Ana saca a Juan, pensando que es Carlos, y Pedro se lleva a Castaño suponiendo que es Leonor. Al final todo se aclara. Leonor se casa con Carlos; Ana con Juan; Castaño con Celia, la criada de Ana; y Pedro acepta el desenlace por amor a su hermana.

Es muy famoso el parlamento que pronuncia Doña Leonor cuando se presenta ante Doña Ana porque en él se descubren rasgos autobiográficos de la autora. A continuación se presenta un fragmento de este discurso:

DOÑA LEONOR

(...) Inclíneme a los estudios
desde mis primeros años
con tan ardientes desvelos,
con tan ansiosos cuidados,
que reduje a tiempo breve
fatigas de mucho espacio.
Conmuté el tiempo, industriosa,
a lo intenso del trabajo,
de modo que en breve tiempo
era el admirable blanco
de todas las atenciones,
de tal modo, que llegaron
a venerar como infuso

lo que fue adquirido lauro(...)⁶

⁶ Sor Juana Inés de la Cruz, *Op. cit.*, p. 37.